

humo. Mas allá se desprenden emanaciones insanas. Aquí brilla una llama en el seno de sombríos vapores, después salta como un manantial: allí serpen-

tea en mil venas al través del valle: acullá, en aquel reducido espacio, cerca de nosotros, se recoge súbitamente. A nuestras inmediaciones saltan chispas



Un guía en el Harz.

como una lluvia de arena de oro. Pero observa como en toda la altura se inflaman los peñascos.

Mefistófeles.—¿No alumbra magníficamente el señor Mammon el palacio para esta fiesta? Fortuna es que hayas visto tú estas cosas: ya presiento turbulentos convidados.

Fausto.—¿Cómo se desencadena la tempestad por los aires! ¡Con cuánta violencia me sacude en las espaldas!

Mefistófeles.—Agárrate á las viejas asperidades del peñasco si no quieres que la tormenta te precipite en el fondo de estos abismos. ¡Oyes el crugido de los bosques! Los buhos emprenden el vuelo espantados. ¡Oyes el estallido de las columnas de los palacios, siempre verdes, y los gemidos, la destrucción de los árboles, el poderoso rumor de las ramas, los ayes y lamentos de las raíces! En su espantosa, en su confusa caída los arbustos se destrozan unos

contra otros y al través de los abismos colmados de destrozos, silban y mugen por los aires. ¿Oyes en la altura, á lo lejos y en las inmediaciones esas voces?

Si, á lo largo de la montaña resuena con furor un canto mágico.

Coro de las brujas.—Al Broken suben las brujas.



El Regenstein, castillo de Enrique el Pajarero.

Amarillo está el cáñamo, verde el trigo; allí se reúne la gran cuadrilla; el señor Uriel reina en la cima. Así se camina por montes y valles...

Una voz.—¿Por qué camino llegas?

Otra voz.—Por el Ilstein. Allí ojeé el nido de un buho. ¡Me puso unos ojos!...

Una voz.—¿Por qué corres tanto, voto á cribas?

Otra voz.—Me he desollado, ¡hé aquí la herida!

Coro de las brujas.—Largo es el camino, largo es el camino: ¿y con este furioso tropel? La horca pica, la escoba barre...

Semi-coro de brujas.—Nos arrastramos como el caracol. Todas las mujeres están delante; porque en tratándose de ver al diablo, tiene la mujer mil pasos andados.

Segundo semi-coro.—Nosotras no lo miramos tan

de cerca. La mujer lo anda en mil pasos; pero por mucho que pueda correr, el hombre lo hace de un solo salto.

Los dos coros.—El viento enmudece, la estrella se escapa, la sombría niebla se para; con el zumbido del mágico monte mil centellas saltan.

Una voz de lo bajo.—¡Alto! ¡alto!

Una voz de lo alto.—¿Quién llama de la caverna?

Una voz de lo bajo.—¡Llevadme, llevadme con vosotros! Trescientos años hace que estoy subiendo sin poder llegar á la cima.

Los dos coros.—¡Lleva la escoba, lleva el baston, lleva la horca y el chivo; el que hoy subir no pueda, para siempre está perdido!

Quando estemos en la cima, arrastraos por la tierra, y cubrid los matorrales con vuestro enjambre de brujas.

Mefistófeles.—Esto apremia é impele; esto murmura y chasca; esto silba y se revuelve; esto pasa y parlotea; esto brilla, chispea y se enciende. ¡Verdadero elemento de brujas! ¡Tenedme firme porque de lo contrario pronto nos veremos separados!

(El baile de los brujos y de las brujas empieza en el Broken, y Fausto baila con una joven.)

Mefistófeles.—¿Por qué has dejado ir á aquella joven que te animaba á bailar con su bonito canto?

Fausto.—¡Ah, en medio de su cantar arrojó por la boca un raton colorado!

Mefistófeles.—¿Y de eso te espantas? De esas cosas no se hace caso. Siempre que el raton no fuese grueso...

Orquesta, piansimo.—Las nubes y los vapores alumbran sus cimas; el viento acaricia al follaje y las rosas, y todo vuela trasformado en polvo.

Habia leído yo esta escena antes de dormirme y pasé la noche agitado por los sueños mas fantásticos.

El siguiente dia por la mañana hice que me llamasen hácia las dos. Las nubes cubrian como la víspera, el valle por el lado de Ilsenburgo, el frio era penetrante y un resplandor descolorido se extendia por todo el paisaje inmediato. Dimos una vuelta por los contornos de la montaña para contemplar de nuevo aquel conjunto de gigantescos peñascos que sólo habíamos distinguido la víspera. Despues de recorrer una parte del camino que baja hácia Schierke, llegamos á la meseta principal en el momento en que los primeros rayos del sol saliente nos permitieron distinguir con claridad los objetos que se encontraban á bastante grande distancia. Mi guia, que hacia algun tiempo caminaba rozagante volviendo los ojos ya á derecha, ya á izquierda, me condujo repentinamente á una altura en la que tuve la inapreciable dicha de contemplar, durante algunos instantes, el magnífico efecto de la vista que se llama el *espec-*

tro del Broken. El espectáculo es arrebatador. Una espesa niebla denominada en aleman *hoehen rauch*, que parecia salir de las nubes como una cortina inmensa, se levantó de repente al Oeste de la montaña, trasformóse en arco iris, y despues se dibujaron ciertas formas vacilantes; primero se vió reproducida en gigantescas proporciones la gran torre de la posada, en seguida, nuestras dos sombras mas vagas y menos correctas. Todas estas sombras se veian rodeadas de los colores del arco iris sirviendo de marco á este cuadro fantástico. Algunos extranjeros que se encontraban en el hotel, habian visto desde su ventana la aparicion del astro en el horizonte, pero ninguno de ellos pudo disfrutar de la admirable escena que se verificaba al otro lado de la montaña.

Pusímonos en marcha hácia el medio media, no sin que antes, y siguiendo una antigua costumbre, hubiese adornado el guia mi sombrero con la anémona del Broken, á la cual llaman los campesinos *la flor de las brujas*.

La bajada del Broken fue agradable y el efecto enteramente distinto de la víspera; el tiempo estaba claro, lo cual nos permitió descubrir una grande estension del pais. Despues atravesamos aquellos inmensos bosques de abetos, en los cuales, desde tiempo inmemorial, se hallan instalados los carboneros del Harz, que han suministrado asuntos para una multitud de entretenidas leyendas.

Pasamos la noche en Harzburgo, y el siguiente dia por la noche hicimos nuestra entrada en la antigua residencia de los emperadores de Alemania.

VIII.

Goslar.—Capilla.—Pórtico.—Antiguo palacio de los emperadores.—El Kaiserworth.—Palacio del rey de Hanover.—Escursion á las minas de Rammelsberg.—Aspecto del pais.—Bajada á las minas; sus productos.—Efectos de la luz á la salida.—Trabajos exteriores.—Minas de Clausthal.—Costumbres de los mineros.—Valle del Ocker.—Vienneburgo.—Brunswick.

Apoderóse de mí, al penetrar en Goslar, un sentimiento de tristeza que no puedo explicarme, y cuya impresion no me abandonó mientras permanecí en dicho punto. No tiene Goslar, ni con mucho, la animacion y el aspecto hospitalario de las demás ciudades del Hartz. Mi huésped, sobre todo, no ofrecia aquel aspecto benévolo que tranquiliza al viajero y le hace olvidar el contento y bienestar que se encuentra en el seno de la familia.

Yo esperaba ver en aquella ciudad una multitud de monumentos curiosos, pero me llevé chasco. De la antigua y espléndida catedral demolida en 1820, no queda mas que una capillita en donde se conservan algunas hermosas claraboyas, esculturas en ma-

dera bien trabajadas, y un antiguo monumento, cuyo origen se ignora y que es llamado el altar del ídolo *Cyodo*. Dos colosales árboles ocultan en parte un pórtico del siglo XI y bajo-relieves bien conservados. El antiguo palacio de los emperadores de Alemania se halla convertido en almacén. En la plaza del Mercado se ven la casa de Ayuntamiento espantosamente revocada, que data del siglo XV, y la antigua casa de las corporaciones, ó el hotel del *Kaiserworth*, nuevamente restaurado con un gusto deplorable. En el ángulo de la plaza se observa una fea casa de grandes dimensiones, cuya fachada se halla cubierta por completo de pizarra, sin el menor adorno: sus balcones ostentan lujosas cortinas encarnadas, y sus criados, vestidos con no menos lujo, atraen las miradas de los extranjeros: es el palacio del rey de Hanover. Una música militar situada cerca de las gradas del edificio, toca el *God save the King* en un movimiento de marcha fúnebre: aumentase la impresion de mi tristeza y me entro en la posada para hacer los preparativos de mi escursion á las minas de Rammelsberg.

Antes de emprender este viaje subterráneo, procuré obtener del posadero los pormenores que pudieran ser necesarios; pero á pesar de las formas atentas de que me valí para conseguir mi objeto, nada provechoso pudo conseguir: su respuesta fue siempre la misma: «supuesto que usted vá á bajar á la mina, podrá juzgar por sí mismo si es buena ó mala.»

Salí de la posada, y dirigiéndome á un muchacho, le pedí me indicase el camino de las minas; despues de veinte minutos de marcha, me dejó en una senda que atravesaba un hermoso prado y señalándome una casa que se hallaba á pequeña distancia, me dijo: «Allí está el Rammelsberg.» Habia leído yo en una *Guia del Harz* que en las inmediaciones de las minas la vegetacion se hallaba completamente destruida por las emanaciones arsénicas, y encontrándome rodeado de un paisaje encantador me ví en grande perplejidad; como quiera que fuese, me encaminé á la casa que me habia indicado mi guia, la cual tenia el aspecto mas halagüeño: un paseo de árboles perfectamente conservado separaba la casa de un huerto lleno de crecidos manzanos cubiertos de magnífico fruto, bajo los cuales se hallaban tranquilamente reposadas dos hermosas vacas. Por una puertecita de madera se entraba en un jardinillo, cuya principal senda conducia á la habitacion: sus paredes resplandecian de blancura, pero las persianas pintadas de un verde chillon bramaban de estar al lado de los rojos tallos del emparrado que serpenteaban por las ventanas del piso principal. Esta calma absoluta daba á aquella habitacion el aspecto de una casa de pastor de aldea, y en nada re-

cordaba la calorosa animacion que ordinariamente caracteriza á los contornos de los grandes trabajos industriales. Mi embarazo fue mayor aun cuando, en vez de presentarse á mi vista, como lo esperaba, un minero, me encontré frente á frente de una señora, que abriéndome la puerta, me convidó á pasar adelante. Disculpéme lo mejor que pude, pronunciando en aleman cuantas palabras de cortesía me eran conocidas, y traté de hacerle comprender que probablemente habia sido yo mal encaminado, pues mi objeto era visitar las minas de Rammelsberg. Tomóme ella de la mano la licencia que yo me proporcioné la víspera en Goslar, leyóla y me introdujo en una sala, en donde me dejó solo durante diez minutos, pasados los cuales, volvió á entrar acompañada de un minero que traia debajo del brazo el vestido tradicional destinado á los extranjeros: asi que me hube puesto mi nuevo traje, se me hizo cruzar la cocina y se me condujo á una habitacion inmediata, en la que me esperaba una nueva sorpresa. El minero encendió su luz, se dirigió á un extremo del departamento, levantó una pequeña plancha ancha como la de una chimenea, é introduciéndose él primero, indicóme que le siguiese: despues dejó caer la respetable señora la plancha, deseándome feliz regreso.

Al dirigir la vista hácia bajo ví á bastante distancia la vacilante luz de mi guia, á la cual seguia maquinalmente, asegurándome lo mejor que podia, á las escaleras colocadas en sentido recto á lo largo de las paredes de los pozos. Esta primera impresion es muy desagradable: el agua que cae le cubre á uno la cabeza: los peldaños cubiertos de un fango arcilloso parecen deslizarse, y de vez en cuando, se oye la voz del guia que grita: «¡No hay cuidado, pero manténgase usted firme!...» Este pozo termina en una galería que lleva la fecha de 1582, tiene 3,500 pies de largo y conduce á los primeros trabajos. El producto del Rammelsberg, que pertenece al Hanover y al Brunswick, es anualmente de 10 á 12 marcos de oro, de 4,000 marcos de plata, de 6,000 quintales de plomo, de 5,000 quintales de cobre y 7,000 de vitriolo. En la estraccion de quixo se hallan diariamente ocupados ciento noventa mineros. Todo esto es muy curioso de ver, y se necesitan de cuatro á cinco horas para examinarlo detalladamente. Despues de subir, bajar y de volver á subir, ví de repente en el fondo de una galería, un punto de una claridad deslumbradora; el guia me dijo: «*Das ist Tageslicht.*» Creí que iba á presenciar trabajos ejecutados á la luz eléctrica, tanta fue la que inundó á la galería; pero era el dia que penetraba allí por una puerta abierta por un trabajador para dar paso á un wagon cargado. Los trabajos á cielo descubierto son igualmente de mucho in-

terés y ofrecen cuadros de un carácter muy pintoresco y en extremo agradables á la vista, despues de pasar medio dia debajo de tierra en profundidades considerables. Al cabo de cierto tiempo de marcha, se vuelve á encontrar la casita del jefe menor, en la cual echa uno de ver con satisfaccion el desórden de su ropaje (1).

El siguiente dia fuí á visitar las minas de Clausthal, descritas por Mr. A. Laugel, en un artículo publicado en la *Revista de ambos mundos*, y nada mejor

puedo hacer que reproducir aquí algunos de sus párrafos :

»Al aproximarse á Clausthal se observan en las fragosidades de sus valles, estanques contenidos por diques muy elevados: son depósitos de agua destinados á las minas, que se economiza y almacena con el mayor cuidado, porque ella es la única fuerza que pueda utilizarse para dar movimiento á las bombas de agotamiento y á las máquinas de extraccion, asi como á los diferentes aparatos empleados en los talle-



El Rametsberg.

res metalúrgicos. Por último, llegué á Zellerfeld, cerca de Clausthal; su principal calle, que no es otra

(1) Segun una traducción publicada por los hermanos Grimm, hé aquí cómo fue descubierta la mina del *Rammelsberg*.

»En los tiempos en que el emperador Otto I, vivia en el Harzburgo, daba grandes cacerías por el Harz. Sucedió, pues, que *Ramm* (segun otros *Remm*) uno de sus mejores monteros, cazando un dia al pie de la montaña, hácia la parte occidental del palacio, se encontró con una fiera y emprendió su persecucion. Pero pronto, presentándose cada vez el terreno mas quebrado, se apeó de su caballo, lo ató á un árbol y siguió andando las huellas del animal. Su caballo, que habia quedado detrás, golpeaba impacientemente la tierra ahondándola con sus manos. Cuando su dueño, el cazador *Ramm* volvió de perseguir su presa, vió con asombro que golpeando su caballo el suelo, habia descubierto una hermosa mina. Cogió algunas muestras de quixo y las presentó al emperador, quien al momento envió trabajadores á aquella mina y la hizo sondear. Encontróse allí gran

que el mismo camino, se estiende en un considerable terreno, y se halla poblada á uno y otro lado, de bo-

cantidad de metal y la montaña, en honor del cazador, tomó el nombre de *Rammelsberg* (montaña de *Ramm*). La mujer del cazador se llamaba *Goza* y de ella tomó el nombre de *Goslar* la ciudad edificada en aquellas inmediaciones.

»El cazador fue enterrado en la capilla de San Agustín, y sobre la losa de su sepulcro se tallaron dos figuras de tamaño natural que le representan á él y á su mujer. *Ramm* lleva en la mano derecha una espada y *Goza* una corona en la cabeza.

»Segun otros, no fue el cazador quien se llamaba *Rammal*, sino su caballo, el cual, atado una vez en la montaña, perneó (*rammelté*) de tal suerte, que á fuerza de manotadas, con los agudos clavos de sus herraduras descubrió una mina de oro.

»El emperador Otto debió haber tenido en lo alto de la montaña, en el sitio llamado *Werl*, un palacio ó sala, ante la cual mandó un dia decapitar á un rey, prisionero suyo. Tiempo andando se hundió la mina ocasionando la muerte á tantos trabajadores, que trescientas cincuenta viudas fueron junto á ella á

